

ARBOLEDA POMBO, JULIO (1817-1862)

POESÍAS LÍRICAS

ÍNDICE:

EL VIERNES SANTO
TE QUIERO
DESPUÉS DE SIETE AÑOS
ME AUSENTO
A BEATRIZ
¡ME VOY!
DESPUÉS DE UN BAILE
A LAS HEROÍNAS DE BOGOTÁ
VANITAS VANITATUM ET OMNIA VANITAS
CASIMIRO EL MONTAÑÉS
NUNCA TE HABLÉ
ENTRE FLORES
SERENATA
EL EDÉN DEL CORAZÓN
EN EL ÁLBUM
AL PARTIR
EN EL ÁLBUM
ESTOY EN LA CÁRCEL

EL VIERNES SANTO

Tristemente reposaba
La natura soñolienta:
Ya su luz amarillenta
Trémulo el sol reflejaba,

Tiñendo la parda arena
Con su pálida vislumbre,
Y del Gólgota la cumbre,
De erizados pinos llena.

El mar no besa la playa,
Y, ya en la plena marea,
Cual espejo que argentea,

Sus tersas olas explaya.

Y tú las alas movía
La inconstante mariposa,
Ni la mosca bulliciosa
Turbar el aire se oía.

En el desierto arenoso
Duerme el león: cabe el Nilo
El repleto cocodrilo
Halla calor y reposo.

No cae la hoja marchita
Del árbol; todo en el mundo
En un silencio profundo
Tranquilamente dormita.

Y sobre el Gólgota guarda
Tres maderos, que ha clavado,
El pretoriano soldado
Descansando en la alabarda.

En el del medio, á lo lejos,
Se ve brillar mansamente
Una luz que hacia el oriente
Manda plácidos reflejos.

De súbito nueva luz
El cóncavo cielo hiende,
Y cual corona descende
Sobre la infamante cruz.

Se entra el sol al mar profundo;
Pero entre la noche oscura,
Que da vasta sepultura
Entre sus alas al mundo,

Brilla como un meteoro
La cruz, en que está fijado
El que, muriendo, ha salvado
Al hombre de eterno lloro.

Su noble rostro, marchito,
Que inefable luz circunda,
Despide un rayo que inunda
Todo el espacio infinito;

Y por doquiera que están
Los justos, el corazón
Les advierte en conmoción
La caída de Satán.

Los Ángeles del Señor
Bajan desde el alto cielo,
Y se humillan en el suelo
Ante el muerto Creador.

Del mudo dolor en pos,
Fijos los enjutos ojos,
Maria ve los despojos
De su Hijo y de su Dios...

Tú allí, junto al crucifijo,
¡María!... tú al fin lloraste,
Y tus lágrimas mezclaste
Con la sangre de tu Hijo.

Allí le oíste decir
Que Juan tu hijo sería, Y
un *Hombre* pudo á María
Ya cual *Madre* bendecir.

De Juan hermano soy yo...
¡Madre! ¡cuán dulce es el nombre
Con que Dios, llamarte, al hombre!
Al morir le permitió!

¡Madre! ¡oh Madre! para mí
De Jesús la gracia alcanza
Yo busco fe y esperanza,
Caridad y amor, en Ti!

Popayán, 1843

TE QUIERO

Te quiero, si, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana:
Y exhala en torno delicioso olor.

Flor virginal que el sol no ha marchitado,
Cuyo tallo gentil se eleva erguido
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto
Ya con amor el corazón no late,
¡Ay! ni mi frente pálida se abate
Al contemplar tu cuello de marfil;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora,
En el regazo de su madre, llora,
Tal vez, la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
De flor en flor mi loco pensamiento,
Mas también la amistad tiene su acento;
Amigo soy, amigo te hablaré.
¡Feliz tú! ¡feliz yo! Mis largos años
Cuentan dos veces los que tú has vivido:
Tú el agujón de amor aun no has sentido,
Yo ya de amor el agujón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los míos;
Tu blando acento en mis oídos fríos
Rápido vibra y piérdese al caer
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu dilatada, lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel-nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro,
Con gracia celestial, vaga sonrisa,
Como se anima, al soplo de la brisa,
El terso lago en tímido vaivén.
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un suspiro;
Mas yo impasible tu sonrisa miro
Y mirara impasible tu desdén.

¿De qué sirve en el árido desierto
De ruiseñor armónico gorjeo?
¿A quién dará su música recreo,
Si todo en torno es yermo y orfandad?
¿Y qué valen la gracia y la hermosura,

Y la lágrima amiga y la plegaria,
Cuando el alma abrumada y solitaria
Está absorta en su propia soledad?

¡Estéril soledad, do todo muere,
ie llevo yo doquier conmigo mismo,
[Que, cual potente mar, torna en abismo,
á si asimila cuanto en ella cae!
!a para mi la brisa no levanta
¡mar de las pasiones; está en calma;
estéril desierto de mi alma
lo la arena sus mudanzas trae.

Volcán extinto soy, ceniza fría
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
Lee sin temor. Algún futuro día
Dirás: - ¡Era mi amigo! - A más no alcanza
Ya mi ambición; mi tímida esperanza,
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte, ¡hermosa flor! tu suerte,
Yo quisiera labrar y tu ventura;
Y eres hermosa: el crimen de hermosura
Persigue el hado, sin piedad, aquí.
Flor virginal que con la brisa ondeas,
El gusano te acecha, en torno andando,
El diente aguza, y en el tallo blando...
¡Oh Dios! ¡buen Dios! ¡apártale de allí!

Tú la hiciste, Señor, ¡no la abandones!
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
¡Cuidala ahora! El enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad.
¡No le permitas deshojar tu lirio!
¡Ay! ¡ni en el cáliz exhalar su aliento
¡Ay! ¡ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, Dios de bondad!

DESPUÉS DE SIETE AÑOS

¡Ay! siete años han corrido;
Siete años ha te veía

Sentir cuando yo sentía...
¿Quién este cambio ha traído?

Siete años ha tu mirada
Era mirada del cielo,
Era rayo de consuelo
Para el alma atribulada.

En tu modesto retiro
Dabas amor á mi amor,
Y dolor á mi dolor,
Y á mi suspiro, un suspiro.

Brillaba en tus negros ojos
Una inocente pasión,
Latía tu corazón,
Hablaban tus labios rojos.

Tú inocente, puro yo,
¿Me amas? te preguntaba,
Y tu labio no esquivaba
La grata respuesta, no.

Para nosotros había
Misterioso talismán;
Al gozo el gozo, al afán
El afán correspondía.

El secreto pensamiento
Que iba en el seno escondido,
No te era desconocido;
Le leías al momento.

Frecuentemente me hallé
Entre la turba mezclado,
Y sin verte, entusiasmado,
Tu presencia adiviné.

Hoy, siete años han corrido,
¿Y cuál es la diferencia ?
Ésta: ¡que con la inocencia
El amor también se ha ido!

ME AUSENTO

Auséntome, buen Dios, me ausento solo,
todo es soledad por donde paso;
Y todo está dormido. En el ocaso
lento su disco va sumiendo el sol
Y expira como expira mi esperanza
En tristísimo lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arrebol.

Avánzase la noche tenebrosa,
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oye el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria
Hiende el crespón del cielo nebuloso,
Y en triste melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.

¡Imagen de mi vida sin ventura!
¡Estrella solitaria! ¡aquellas nubes
Que velan la mansión de los Querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí!...
Yo también en la tierra un alma tengo;
Pero su luz á penetrar no alcanza,
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,
Mas ¡ay! ¡la luz!... ¡la luz no brilla en mí!

Entre el terrible estrépito del mundo,
O en esta soledad dulce, sombría,
Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón.
Mi corazón, cuyo latir convulso,
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, como al mar da vida
El sordo rebramar del aquilón.

¡Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fe sólo y la esperanza dan!
¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que respondiendo, alivie nuestro afán !

¡Cuán horrible es pensar que yo sucumba
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor contino
El capricho ó virtud de una mujer!
¡Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbadas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas,
Sin probar punta el cáliz del placer!

O pensar que un rival afortunado,
A quien propicia se mostró su estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor.
Y entre su seno cándido, süave,
Verle gozar sus tímidas caricias;
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor; si alguna vez sus labios
Mis ardientes labios se juntaron,
Y unos en otros el placer buscaron
Llenos de fuego, y vida, y juventud,
Entonces, cual volcán, cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruseñor contento,
De la pasión el seductor acento
Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,
Sustrajo á mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la vi de lejos reclinada,
Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían
Sin osarme mirar: húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.
Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado: ora tendía
La palma, y ordenarme parecía
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme a sus labios deliciosos,

Como de abejas el dorado enjambre
De virgen flor al oscilante estambre
Que blando mueve el céfiro al pasar.
¡Ay! donde yo la vida hallar creía,
Cual colibrí la miel en la azucena,
Sólo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia a envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto
El sólo grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra
Prisionero quedando entre la red.
¡Oh! ¡quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Donde mi alma en éxtasis bebía
Sin apagar jamás la ávida sed!

¡Pero quise probarle!... Así el viajero
Incauto en los desiertos de Sahara,
El resoplar del viento deseara,
Del viento del desierto abrasador;
Y así sentí cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer; ése el alivio,
Ése fue de placer el que ofreciste
Amargo cáliz, eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.
Hora mintiendo afectos, a engañarme
Yo no sé qué te impele seductora,
Conozco que me engañas aun ahora;
O tal vez me amarás -yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario,
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para ti;
Para ti sola, para ti, que diste
Tormentos a mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robástemme la dicha que tenía,
Robástemme mi paz y mi sosiego,

Y en mi tirana te erigiste luego,
Y yo te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
"Quien te prodigue incienso prosternado;
Yo sólo tengo un corazón llagado,
Sólo amar sé y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos
Otro feliz encantará tu oído,
O de célicas formas bendecido
Su talle altivo ostentará y su faz;
Pero a mí el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza;
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo a las nubes mi mirar audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido
De perfección hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde,
Yo tengo *honor*, aunque pujanza no...
Sí, tengo *honor*, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,
Que digna de adorarte Dios creó.

A BEATRIZ

Hija, tu madre me dice
Que cuando tus ojos vieron
Mi carta, se humedecieron,
Y suspiraste por mí.
Yo no sé, hija del alma,
Qué me pasa: si es tormento,
O si es placer lo que siento,
Al saber esto de ti.

Esa lágrima inocente
Que hasta la infancia derrama,
¿De nuestro Dios no reclama
Ya piedad, ya compasión?
Por ti-por mí-por tu madre,
Por tus hermanos queridos,
¡Pobres huérfanos, hundidos
En el fango y la opresión!

Por ventura en esa lágrima
Que tus ojos humedece
De mis padres resplandece
El valor y la virtud.
De éstos cuya nieta eres,
Que por la Patria murieron,
Y la cadena rompieron
De una larga esclavitud.

¡Conque, hija mía, tú sientes
¿No es verdad? ¡cuando otros ríen!
Tú lloras, otros sonrían
Con tranquilo corazón.
Todos son esclavos, y ella,
Mi hija, ya llora su pena,
Y ellos sufren la cadena
Con santa resignación.

Cuentas cinco primaveras
Y ya lloras; y ese llanto
Que tu niñez honra tanto,
Honra tu raza también.
Al ver lo que sois ¡oh hijos!
Y al ver que algún parricida
Os quita el pan y la vida,
Le alabo porque hace bien.

Hace bien: no sois vosotros
De aquella raza maldita
Que de hinojos solicita
Perdón para la virtud.
De hambre moriréis acaso...
¡Muertos!... ¡esclavos!... Prefiero
Lloraros muertos: no os quiero
Vivos en la esclavitud,

Hija mía, ¡quién pudiera
Volar como el pensamiento,
Oír tu infantil acento,
Y besarte y ser feliz!
Nada puedo; de mi Patria
Me está cerrada la puerta....
Mas al fin veréla abierta
Y entre tanto, ¡adiós, Beatriz!

¡ME VOY!

I

Me voy de las playas alegres, suaves
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla,
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
Do nunca ha apagado sus rayos el sol;
Do anuncian la aurora con trinos las aves,
Y en cantos acordes al alba saludan,
Do nunca los hielos al árbol desnudan,
Do nunca del cielo faltó el arrebol:

Me voy de las playas que el aura acaricia
Besando las flores que crecen en ellas;
Do el céfiro borra las tímidas huellas,
Que deja en la arena la esbelta mujer.
Se quedan los campos do amor y delicia
Respiran los aires y el labio respira,
Do en plácidos sueños el joven suspira,
Mecido en los brazos del blando placer.

Se queda la tierra que Marte aborrece,
Y evita los ecos de trompas marciales,
Do el bárbaro ruido de roncós metales
No arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
El cándido lirio al soplo del viento;
Adiós, gaya Lima! do no hay un acento
Que no nos inspire deleite y amor!

II

Me voy... y nada dejo, ni un suspiro;
Nadie dará una lágrima a mi ausencia;
Para mi no ha existido ni la esencia
Plácida de los árboles aquí.
He estado en un Edén, testigo he sido
De los placeres que ese Edén brindaba,
Mas cuando yo sus árboles buscaba,
Ni la sombra era fresca *para mí*.

Oyendo estoy el melodioso acento,
Que para otros oídos se destina,
Pero ese acento, que al deleite inclina,
Viene tan solo a herir mi corazón:
Viendo estoy las miradas y las risas
Dulce y afablemente contestadas,
Pero esas risas ¡ ay! esas miradas
Son para otros, para mi no son.

En mi redor la música se anima,
Y, al grato son, en mi redor se danza,
En mi redor se enciende la esperanza,
En mi redor se mueve la mujer;
Y su forma de sílfida, que vuela
Por el salón, en brazos de su amante,
Y su rostro de júbilo radiante,
Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite, —nada
Le pertenece al infeliz proscrito,
Que vive, como Tántalo maldito,
Viendo la dicha ahogada en el dolor:
Ni vibra para él acento amigo,
Ni se perfuma para él la brisa,
Ni brilla para él la dulce risa
De amistad, o de lástima, o de amor.

Mira el proscrito hacía el jardín vedado
Como pudo, lanzado de improviso,
Mirar, desde la puerta, al Paraíso
El desterrado, el infeliz Adán.
Luego si piensa en el hogar nativo,
Y se trasporta a playas apartadas
Mira la Patria, y a su amor cerradas
Ve que sus puertas para siempre están!

III

En la turba que esa sala
Llena sonriendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,
Aquel suspiro, que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina

Sobre el alegre galán;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar,
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar:

El no es ave de *este* nido,
Ni oveja de *este* rebaño;
Para todos es extraño,
De todas desconocido:
En el lujoso salón
Ve mujeres tiernas, bellas,
Mas, para él, no hay en ellas
Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito
Un abogado acento vuela,
El corazón se rebela,
Y aquel acento bendito
Sobre su labio se hiela:

Se hiela, como la gota
Que el frío torna en cristal
Cuando entre la escarcha brota,
Ante el oyente glacial;
Cuya indiferencia nota.

¿Quién va a atender al ingrato
Son del dolor que se queja,
Abandonando el boato
Y el dulce y alegre trato
Donde el amor se refleja?

¿Quién ha de apartar los ojos
De tanta riqueza y gala,
Por atender, en la sala,
Al que oculto entre sonrojos,
Su queja tímida exhala?

Por el pesar carcomido,
Solo entre la muchedumbre,

Mudo en medio del ruido,
Está el proscrito escondido,
Y a oscuras entre la lumbre.

IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles
Una enfermiza, pálida, desconocida flor

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,
Y cuyas ramas crujen al son del huracán,
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento
Ahogando con sus hojas la florecilla van;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pie del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor;

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y oblígame a quejar,
No hay uno que hacía abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga a saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,
Diciendo: a quién le importa? de vuestro Edén me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;

Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir: ¡dios!

DESPUÉS DE UN BAILE

(A la señorita Argáez)

Como entre flores ricas y vistosas
Se oculta la violeta en el jardín,
Entre damas alegres y pomposas
Yo te vi confundida en el festín.

Imagen de la tímida violeta
Tienes un atractivo encantador;
Por eso ensalza el infeliz poeta,
Aun más que tu belleza, tu pudor.

Esa tristeza lánguida y esquiva
Que te acompaña por doquiera vas,
Y la sonrisa dulce y expresiva,
Que asoma y muere en tu doliente faz;

La lágrima furtiva que riela,
Al escaparse, por tu limpia tez,
Que un sentimiento tímido revela
De fuego, ignoto para ti tal vez,

Dan a tu rostro esa expresión que inspira
Religioso cariño, admiración,
Y hace sonar las cuerdas de la lira,
Y latir de ternura el corazón.

El alma, como un arpa vibradora,
Responde al tono que le da tu humor;
alegra tu sonrisa encantadora,
La anubla y entristece tu dolor,

Porque tienes del niño la inocencia,
De la mujer las formas de marfil:
El amor se confunde en la presencia
De tu belleza, púdica, infantil.

Como la luz de aurora matutina
Alumbra tu mirada, sin quemar:
En tu voz cual la nota peregrina
En que suele la tórtola llorar;

Tu rostro melancólico y süave
Me representa la doliente faz
Del Ángel santo, que, en su angustia grave,
Trajo consuelo al Salvador y paz;

Y tu cuerpo modesto y delicado
Es cual lirio encerrado en un cristal:
El viento del deleite no ha llegado
A columpiar tu talle virginal.

Ya pasaron los años de tu infancia,
Y pasará también tu juventud;
Pero siempre el aroma y la fragancia
Quedarán para ti de la virtud.

Como conservan las marchitas flores,
Perdidos ya los tintes, el olor,
Tú guardarás, dulcísima Dolores,
Perdida la belleza, tu pudor;

Y cuando ya no pueda la corona
De la hermosura decorar tu sien,
Todos respetarán a la matrona
Y su virtud admirarán también.

Mientras esas espléndidas mujeres,
Que te ven con orgullo y altivez,
Sientan volar amores y placeres
Con la estéril frescura de su tez;

Tú no verás en el ocaso el astro
Que tu feliz carrera alumbrará
Tu alma es esencia en vaso de alabastro,
Que aun gastado, su aroma exhalará.

Y serás más feliz que la más bella,
Porque unes el pudor a la beldad;
Y el tiempo en todo dejará su huella,
Menos en tu virtud y mi amistad.

Julio 19 de 1855

A LAS HEROÍNAS DE BOGOTÁ

Por más bárbaro que sea
El enemigo, no importa
Toda distancia se acorta
Para el que lidiar desea.

Las bellas gimiendo están;
Los brazos, pues, tenderemos,
Y, o todos pereceremos,
O ellas se libertarán.

Así, virtuosas matronas,
Corred los campos desiertos
Y preparad dos coronas
A vuestros hijos altivos:
De laurel para los vivos,
De ciprés para los muertos.

Feliz quien sienta la herida
Que su pecho desbarata,
Pues la bala que a él le mata
Os da a vosotras la vida;

Dichosos son los hijos que a sus madres
Á costa de su vida libertaron,
Y el honor de la virgen rescataron
Muriendo al pie del salvador cañón.

Ésos por credencial muestran ufanos
Ante su Dios el corazón abierto ;
A éstos su Dios les abre el Santo Puerto
Sólo con ver el roto corazón.

Noviembre 5, 1851

VANITAS VANITATUM ET OMNIA VANITAS

Busca el Egipto en su constante anhelo
Gloria inmortal: al tiempo desafía
Construyendo pirámides que envía
De la móvil arena al alto cielo:

Los restos de sus padres en su duelo,
A la sólida fábrica confía,
Y del tiempo a pesar, la momia irá,
Por siglos guarda el consagrado suelo.

Descubre el sabio el esqueleto pálido
Interroga las raras inscripciones
Y se desvela sobre el resto escuálido,

Que ha triunfado de mil generaciones;

Mas ¡ay! murieron raza, historia y nombre
Sólo quedó la vanidad del hombre.

II

¿Quién construyó la inmensa maravilla
Que se esconde en el suelo americano?
¿Quién de Palenque explicará el arcano
Que nuestra ciencia presuntuosa humilla?

Tal vez fue de Titanes la semilla,
De aquella raza cuya dura mano
Construyó el laberinto sobrehumano
Que a pesar del diluvio vive y brilla.

Pero no queda de esa raza nada
De la fábrica enorme cada piedra,
Una vez y otra vez interrogada,
Con su terco silencio nos arredra:

-¿Quién os labró?- ¡La vanidad! responden
Los ecos que en las bóvedas se esconden.

III

¿Y cuántas glorias, en su propio aprecio,
No fundaron los ínclitos mortales
Que aquellos monumentos colosales
Dieron al mundo, del poder por precio?

¡Y cuán costoso para el pueblo, y recio,
Y cuán fecundo en servidumbre y males
Fue el poder que en tan anchos pedestales
Dejó su fama con orgullo necio!

El amor de la gloria a la injusticia
Los llevó, y al afán y al movimiento,
Para dejar a su ambición propicia
Fábrica eterna, eterno monumento;

Mas ¡ ay! erraron, porque todo ha muerto,
Menos la Vanidad, en el Desierto.

IV

¡Infeliz del que busca en la apariencia dicha,
La dicha y en la efímera alabanza,
Y muda de opinión con la mudanza
De la versátil pública conciencia!

El presente es su sola providencia;
Cede al soplo del viento que le lanza
Al bien sin fe y al mal sin esperanza;
Que en errar con el mundo está su ciencia.

Y feliz el varón independiente,
Que libre de mundana servidumbre,
Aspira entre dolor y pesadumbre
A la eterna verdad, no a la presente,

¡Conociendo que el mundo y sus verdades
¡Son sólo vanidad de vanidades!

V

¡Oh! todo es vanidad: Dios sólo sabe
Glorificar al hombre que ha creado;
Puede del ancho espacio ser borrado
El orbe, al son de su palabra grave;

Mas cerneráse el justo, como el ave
Revoloteando sobre el Ponto airado,
Por encima del mundo desquiciado,
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,
Como pasa vibrando por el campo,
Sin dejar huella, el repentino lampo
De aquellos fuegos que el espacio abrasan.

Mas la Virtud no muere ni se olvida;
Que Dios le da su Eternidad por vida.

París, 1859

CASIMIRO EL MONTAÑÉS

Es lóbrega la noche: un nubarrón oscuro
De lluvias y relámpagos y de terror preñado,
Parece haber al mundo entero sepultado
Bajo su manto espeso de espanto y soledad.
Y mírase un jinete que cruza la llanura
Y luego escala el monte, y llega a la montaña,
Y luego por la selva ignota se enmaraña
Al sol solemne y sordo de la alta tempestad.

A saltos va el caballo las rocas escalando,
Y bufa a cada esfuerzo pidiendo siempre rienda,
Que la áspera montaña, la peligrosa senda
Parece que conozca mejor que su señor.
El rifle mal colgado la ijada le golpea,
Y atónito por tiempos retiembla estremecido,
Y del contacto insólito y tétrico sonido
Se asusta, y parte, y párase mirando en derredor.

Parece el caballero nacido a su caballo;
Parece que el caballo á cada movimiento
Expresa las pasiones y el vario pensamiento
Que cruzan por la mente del rústico feroz.
Y al ruido de los truenos que repercute el monte,
Y al ruido de la lluvia que el caucho le azotaba,
Así con su caballo el montañés hablaba
Sin que ese ruido ahogase el eco de su voz:

»Noche por las tormentas arrullada,
¡Imagen de la muerte, tú me guías!
¡Te amo, y detesto los lucientes días
Que he pasado entre angustias y terror!
Tú sola me acompañas. Otros lloran
Cuando tu manto sobre el mundo extiendes,
Pero á mí tú me ayudas, tú me atiendes,
Tú me recuerdas el pasado amor.

»Y al sepultarme en las tinieblas hondas,
Con que del sol la odiada luz ahuyentas,
Como el pasado bien te me presentas,
Que me es dulce siquiera el recordar.
Vela conmigo, mi alazán brioso,
Y atraviesa los riscos y montañas
Con planta cierta, y busca entre espadañas

Y zarzas y malezas, el lugar;

»¡Ese lugar que el tiempo se ha empeñado
En que no vuelva á ver! Corcel famoso,
Búscales bien, que el tiempo borrascoso
Tu vida acabará, tus bríos no.
Búscales, mi alazán; ésta es la hora
En que á él me condujiste en el propicio
Tiempo, en que por inmenso beneficio
Tu generoso instinto invoqué yo.

»¡Brilla un rayo!... ¡detente! - y otro brilla,
Del ronco trueno al retumbante estruendo...
¡Ya soy feliz! su luz va descubriendo
La estrecha senda. En el paraje estoy.
A la luz del relámpago la miro....
Aquí es, aquí es: allende el negro tronco...
¡Que aturda el trueno! su sonido bronco
¿Ya qué me, importa? ¡Venturoso soy!

»¡Detente, mi alazán! Ésta es la gruta,
La gruta es ésta en que feliz yo he sido,
La borrascosa noche, y el ruido
Que hace el viento zumbando en derredor,
¡Todo me la recuerda! ¡Ella aquí estuvo!
¡En su ojo negro la pasión ardía,
Y yo en su dulce labio recogía
Con ansia inmensa el beso del amor!

»¡Aquí estuvo *ella*! Esta es la grata hora
En que yo estremecido me acercaba,
Y en sus amados brazos rebuscaba
La dicha en convulsivo frenesí.
Pálida, al son de la tormenta airada,
Dada al viento la espesa cabellera,
Parecía más linda y hechicera
Cuando buscaba protección en mí.

»¡Mi pecho era su arrimo! y- yo entre tanto
Colgado con el bien que poseía,
Aunque en su amor, en su lealtad creía,
No encontraba valor para vencer.
Porque temblé, y ella tembló;- y entonces
Yo, confundido entre sus brazos bellos,
Tímido, incierto, y zozobrado en ellos,
No probé, no, la copa del placer.

»Por su inocencia púdica animada,
La ingrata luz de antorcha al apagarse
Vino, testigo odiado, á colocarse
Entre su amor inmenso y mi pasión,
Y fui á abrazarla, y trémulo apartéme;
Y su rostro gentil anegó el llanto;
Y la vi desmayarse... ¡Oh! ¡cuánto espanto
Tuvo, hasta de su amor, mi corazón!

»Hoy me queda el recuerdo solamente
Y ese recuerdo es pena, y cada instante
Me presenta en la imagen de mi amante
Un infierno con rostro angelical.
¡Como fue grande el gozo pasajero,
Es amargo y constante mi tormento,
Deleite que engendró remordimiento,
Bien que produjo ilimitado mal!

»Á mí me arrebataron de sus brazos,
A otro empujaron á sus brazos bellos;
Y yo al salir, la pena, y él, en ellos
Al entrar, el dolor también halló.
Desdichado fui yo, y él desdichado,
Y ella también en la desdicha llora
Sólo el dolor por donde quiera mora
¡Ellos sin dicha, en la desdicha yo!

»Hay en mi pecho un férvido suspiro
Que en vano ruge y por salir batalla;
Al exhalarse, la opresión le acalla,
Y ahogado vuelve á batallar allí.
Irrevocable mi sentencia ha sido,
¡Irrevocable cual de Dios el juicio!
Ella varió: su amor no fue propicio
Para nadie, y funesto para mí.

»¡Noble mujer! ¿por qué la vez primera
Que clavaste tus ojos en mis ojos,
No ocultaste tu amor en los enojos
Que, con tan necio orgullo, finges hoy?
¿En qué te ofendí yo? ¿Sólo querías
Que el plebeyo infeliz se te humillara?
¿Hacer probar el bien porque llorara?...
¡Gózate, pues, que ya llorando estoy!

»Pero quizá no siento solo: acaso
Suspiras tú también ocultamente.
Quien tiene que fingir dos veces siente
Le angustia el mal, le angustia el engañar.
Yo no tengo testigo de mi pena,
Pero allá entre tu pecho ¡qué batalla!
Yo al menos lloro: tu dolor no estalla;
¡Tú no puedes, señora, ni llorar!...

»¿Mas tu dolor mi pena acaso mengua?
¿Por qué, pues, me deleito? La venganza
No es placer para mí: dame esperanza,
Con la esperanza aliviaré quizá....
Pero no; no eres tú la que cometas
Un crimen redentor: ya perpetraste
Aquel con que la dicha me robaste,
Ni acaso á más tu orgullo aspirará.

»Trocadas en desdenes tus miradas,
La maldita beldad que te dio el cielo
Causa mi perdición y mi desvelo,
Y tú, señora, ríes de mi mal.
Mientras yo vago entre ásperas montañas
Tú duermes: con los tuyos otro enlaza
Sus brazos, y esta idea despedaza
Mi corazón rebelde y criminal.

»Miente y engaña al hombre que te tiene
Con la bendita aprobación del mundo
Al noble esposo, que logró segundo
De tu desdén, cabe el altar, triunfar.
Que yo entre tanto la virtud admiro
Que tan bien guarda el contratado lazo;
¡Si mi valor me ha abierto tu regazo,
Mi cuna me ha apartado del altar!...

»¡Ah, Estela! ¡Estela! de tu amor comprado
¿Cómo puede él gozar? ¿No se presenta
Entre él y tú mi aparición sangrienta
A enfriar tu abrazo y rechazar tu amor?
En esta piedra tu traidora mano
Me prodigó en un tiempo sus caricias,
Y brindóme tu seno sus delicias,
Y embriagóme tu aliento abrasador.

»Sentada en ella, pálida, convulsa,

De amor y de deleite estremecida,
Fijos tus ojos, dísteme acogida,
Y aceptaste el amor que te juré.
¡Qué diferencia ahora! el sitio mismo
Mis angustias presenta y mi quebranto,
Y es el sólo testigo de mi llanto,
Porque, mujer, faltástele á la fe....

¡Ah! ¡qué fatalidad me impele ciega
Siempre á buscarte, siempre á idolatrarte!
¡Obuviste ya un triunfo, y otro darte
Pretende mi bastardo corazón!
¡Y vuelo de ti en pos, y no te encuentro,
Y a los lugares voy en que estuviste,
Buscando amor! ¡y en ellos sólo existe
La huella que ha dejado mi pasión!...

»¡Ya no sufriré más! ¡Tú, compañero
De la desgracia que abrumarme quiere:
Llévame allá do la mujer no impere,
Donde sólo haya yermo y soledad!
Que allí contigo, por abrigo el cielo,
Y la tierra por lecho, tu bufido
Venga a herir sólo mi infeliz oído
Como postrer recuerdo de amistad.

»Y que cerca del tronco en que yo muera
Inclinado a la tierra el cuello erguido,
Que eres el solo amigo que he tenido
Muestras con triste y lúgubre ademán;
Pues ya que el mundo me persigue siempre –
De la mujer y el hombre la venganza –
En tu amistad yo finco mi esperanza,
¡Tú llorarás mi muerte, mi alazán!...

»¡No, no te dejaré ! Presa serias
Acaso de algún bárbaro inhumano
Y su cruel, desconocida mano
Tu cerviz generosa azotará.
¡Jamás! ¡jamás!.. ¡Si la desgracia quiso
A tu existencia encadenar mi suerte,
Somos inseparables; y la muerte
Un sepulcro común nos abrirá!...»

Calla, -al ijar aplica el aguijón punzante,
Y, como el rayo, parte el animal brioso.

¡Adiós I ¡Adiós, Estela! el eco vagaroso
Por tres y cuatro veces doliente repitió.
Y desde el borde altísimo de risco amenazante,
A cuyo pie un torrente sus ondas desbarata,
Lanzóse, cual se lanza la hirviente catarata,
Y así con su caballo el montañés murió.

NUNCA TE HABLÉ

Nunca te hablé... Si acaso los reflejos
de tus ojos llegaron desde lejos
mis fascinados ojos a ofuscar,
de tu mirada ardiente, aunque tranquila
no se atrevió mi tímida pupila
los quemadores rayos a encontrar.

Nunca en mi oído resonó tu acento:
si de tu labio el vivo movimiento
y tu expresión angélica admiré;
al contemplar tu gracia y tu belleza,
oculta entre mis manos mi cabeza,
tus atractivos mágicos burlé.

Eres un sueño para mí.
A la lumbre del teatro,
entre densa muchedumbre,
tus seductoras formas descubrí;
mas si evité tu acento y tu mirada,
quedóse en mi alma la impresión grabada
de la mujer fantástica que vi.

Y desde entonces, aunque de ti me alejo,
mi memoria de fuego es el espejo
do tu imagen se viene a reflejar:
y goza mi rebelde pensamiento en darle vida,
en inspirarle acento, ay! y en idolatrarla a mi pesar.

Quizá será mejor! En el misterio
la mujer, como Dios, tiene su imperio
y la duda alimenta al corazón...
No rasgue el velo mi profana diestra
que oculta a la mujer y al ángel muestra
y me deja en poder de mi ilusión!

Tiemblo al quererte oír. Deja que tema,
porque acaso tu acento también quema
y a consumir mi corazón vendrá;
mi corazón por el dolor gastado,
que, a un oscuro rincón ya relegado,
entre ceniza y lágrimas está.

Porque, a la luz y a la belleza esquivo,
yo, como el búho, en los escombros vivo
de las pasiones que por fin vencí.
Y en mi lóbrego albergue estremecido sólo aspiro
a la paz que da el olvido,
ya que el amor y el mundo huyen de mí.

Y jamás te hablaré. Pero consiente
que aquí estas líneas dejé reverente
en señal, no de amor, de admiración.
Las escribo sin fe, sin esperanza,
aunque, donde el cariño no se alcanza,
alcánzase el desprecio u el perdón.

ENTRE FLORES

¡Señora! dejo a tus ojos
El descanso necesario;
Ni temas que mi incensario
Perfume tus labios rojos,
Ni que inspirado y romántico,
Y en llanto amargo deshecho,
Deje que exhale mi pecho
Ningún funerario cántico.

¿Qué haré, pues, si acaso llamo
Astro que tu senda alumbre,
O flores en muchedumbre
A tus leves pies derramo;
O canto de la amistad
El süave sentimiento,
O bien tu angélico acento,
O bien tu amabilidad?

¿Osi tus gracias invoco
Porque me inspiren?... ¡Dios mío!
Todo aquello cae en frío,

¡Si el que repite es un loco!

Y tanto te han elogiado,
Ora en letras, ya en colores,
Que tu nombre está entre flores,
Prosa y verso, columpiado.

Así aunque a decirte pruebo
Algo que verse merezca,
No hay nada que me parezca
Digno de ti por ser nuevo.

Callo, pues, lo mucho y noble
Que ya de ti se cantó,
Que no quiero llevas yo
Libros por Partida Doble.

Pero dejar es preciso
En tu jardín un tributo,
Y en mi Arboleda no hay fruto
Que venga á tu Paraíso.

Mas ya que en el mismo Edén
Hubo una planta fatal,
Yo dejaré mi espinal
Entre tus flores también.

Doy lo que tengo; no hay más
Ya que los otros dan flores,
Yo doy espinas, Dolores,
Y así de todo tendrás.

Si dejo mi espina al fin,
El regalo no te asombre,
Que en este álbum es mi nombre
Un abrojo en un jardín.

Y si mi ofrenda te enoja,
Señora, tiene remedio
Para quitarla de en medio
Basta que arranques la hoja.

Mírala, pues: aquí queda,
Y, puesto que lo deseas,
No murmures cuando leas
El triste Julio Arboleda.

SERENATA

Que siembre en esta página, me pides, un recuerdo:
Que deje en tus oídos, me pides, un cantar;
Y yo, por si mis alas al extender, me pierdo
En extranjeros climas ó en el revuelto mar;
Por si es la vez postrera que piso tus hogares,
Y es el adiós postrero que nos debemos dar;
Los últimos suspiros, los últimos cantares
Que lanzo en esta tierra te voy á dedicar.

Nave perdida, pájaro errante
Del mar y el viento por la región,
Tras de mí dejo, por un instante,
Fugaz estela, flébil canción.
Cuando estos versos leas á solas
En el retiro de tu mansión,
Del mar de tu alma sobre las olas
Mi blanca estela piensa que son.

Cuando á tus solas leas el cántico postrero
Que de la vieja Europa al despedirme alcé,
Recuerda que te dejo mi corazón sincero
De tu amistad, señora, bajo la casta fe.

Por mucho que te halague mi pobre serenata,
Memoria en esta página que para ti grabé,
Jamás la que te dejo de mí, será tan grata
Como será, señora, la que de ti llevé.

Yo te la dejo como una ofrenda
De un peregrino sobre un altar;
Yo te la dejo como una prenda
Que me recuerde siempre en tu hogar;
Yo te la dejo, señora mía,
Para que al Ángel mi tutelar
Me recomiendes, al fin del día,
Tus oraciones al recitar.

Mi nombre en este libro
Quieres que escriba;
El tuyo irá en mi pecho
Mientras yo viva.

Yo te lo fío, -
Fía el tuyo, señora,
Del pecho mío.

Mi corazón es libro,
Do, en letras de oro,
Los nombres de las gentes
Que amo, atesoro;
Los que allí escribo
No se borran, señora,
Mientras yo vivo.

Los poetas tenemos,
Como las aves,
Una voz rica en trinos
Dulces, süaves;
Y á quien queremos,
Con cantares suavísimos
Adormecemos.

Los poetas tenemos,
Como las flores,
El capullo del alma
Lleno de olores
Y á los que amamos,
Nuestro grato perfume
Les prodigamos.

Los poetas, señora,
Nos ausentamos,
Pero al par nos partimos
Y nos quedamos,
Pues nuestra esencia
Queda con nuestros versos
En nuestra ausencia.

Aunque parto, tú puedes
Estar conmigo
Yo me voy, mas mi nombre
Queda contigo;
Si se te antoja,
Llámame: el alma queda,
Sobre esta hoja.

EL EDÉN DEL CORAZÓN

Eva cuando se vio en el Paraíso
Contempló el mundo con intenso afán;
mas luego que vio a Adán, Eva no quiso
Contemplar otra cosa que su Adán.

Le vio, se vio; sus formas femeninas
Con las de Adán de presto comparó,
Y al ver de Adán las fuerzas masculinas
Sin Adán incompleta se sintió.

Ella le contemplaba enamorada
Enamorado la admiraba él,
Por sus castos cabellos cobijada
La brillantez sedosa de su piel.

Por entre su flotante cabellera
Asomaban sus hombros de marfil,
Su breve pie blanqueaba en la pradera
Sobre las gayas flores del pensil.

Mientras dos tiernos lirios, columpiados
Á impulso de la brisa matinal
Sobre sus formas tersas reclinados,
Realzaban su blancura sin rival.

De Adán los pensamientos se prendían
Como la hiedra al árbol, á sus pies,
Y sus bruñidos miembros descubrían
De los espesos rizos al través.

Eva inocente sonrió, y gozaba
De los dos tiernos lirios al vaivén;
Y amando ya, mas sin saber que amaba,
Sobre el hombro de Adán puso la sien.

Y sometido Adán á tanta prueba,
Creyó acaso en la dicha de los dos,
Y amando ya, mas sin saberlo, á Eva,
Ni vio el Edén ni se acordó de Dios.

Pero el primer ardiente sentimiento
Con que aquel par feliz se estremeció,
No fue tan grato como fue el acento
Que el primer hijo de su amor vertió.

Si el bello Paraíso fue a los ojos
De los dos una espléndida mansión,
El primer hijo les mostró, entre abrojos,
Otro Edén, el Edén del corazón.

Y Eva dijo á su esposo : «No lloremos,
Porque en mi seno hay Ángeles, Adán;
Ven, y á Dios y sus obras adoremos
Ya que el Edén del corazón nos dan.

Y si fuimos lanzados de improviso
De aquel primer magnífico jardín,
Ya tenemos, dán, un paraíso
nuestro primogénito Caín”.

Adán sintióse transformado todo
Por una nueva y pura inspiración
Y dijo : “Yo te amé, mas de otro modo;
Eva, ya tengo nuevo el corazón.

“Por aquel hijo de mi amor yo siento
Lo que nunca te podré explicar...
Duerme... ¡Ay, Eva, por Dios, ten el aliento,
Y no vayas su sueño á perturbar!

Y sentáronse juntos los esposos,
Y así olvidaron el primer jardín,
Y más que en el Edén fueron dichosos
Al ver su primogénito Caín.

Así tú, hermosa, angelical María,
Aquellos gratos bienes probarás,
Y en el nuevo hijo que el Señor te envía:
Tú con tu tierno esposo gozarás.

Será como el de Adán idolatrado,
Pero no desgraciado como aquél,
Porque Dios en tu seno le ha formado
Más feliz y tan bueno como Abel.

Si la opulencia columpió tu cuna,
Si naciste entre encajes y entre olán,
Otra mejor riqueza, otra fortuna
Tus hijos y tu esposo te daría.

Tu compañero ante tus pies rendido
Tributa culto a tu virtud y amor;
Cada hijo es un nudo bendecido
Que amarra y enamora a tu señor.

Cada nuevo retoño continúa
De la familia el lazo entre los dos,
Y el vínculo sagrado perpetúa
De los dos seres que bendice Dios.

Que otro alabe tu gracia y tu belleza,
Y tu elegante y fresca juventud
Todo lo tienes tú; mas tu riqueza,
Sí, tu riqueza, amiga, es tu virtud.

Tu talle erguido, tu bruñida frente,
Tu acento melodioso y seductor,
Y tu mirada como el sol ardiente,
Y esas tus formas que torneó el Amor,

No tienen el poder de los sonrojos
Con que sabes tus gracias defender
Cuando cubren los párpados tus ojos
Se ve al Ángel guardando a la mujer.

Yo te bendigo, amiga, y yo bendigo
Al compañero que el Señor te dio
Si sois felices, lo será el amigo
Que os respeta y os ama como yo.

EN EL ÁLBUM
de la Señorita María Josefa Argüez

Muchos vendrán, y in el precioso libro
Do la amistad sus joyas deposita,
Te dejarán, bellísima Pepita,
La ofrenda de su justa admiración.
¡Oh, sí!: muchos vendrán, y lisonjeros
A tus pies regarán aroma y flores,
Exgiendo un tributo a los colores,
A la música alegre, á la canción.

Y ese tu rostro clásico de griega,
Y tu elástico talle y pie liviano,

Y tu ojo do colúmbrase un arcano
De amor, y de pureza y timidez;
Y quizá de tus labios la sonrisa
Que un paraíso al retozar revela,
Y esa tu voz que inspira y que consuela,
Entusiasmados cantarán tal vez;

Mas yo que el corazón ya tengo helado,
Contemplo, sin temer, tus atractivos,
Y al fuego intenso de tus ojos vivos
Me acerco ufano sin arder jamás;
Yo, amigo de tus padres y tu amigo,
Que ni tengo pincel ni tengo lira,
Cuyo pecho angustiado si suspira,
Suspira de cansancio y nada más;

¡Oh! ¿qué podré ofrecerte que no sea
Como un abrojo en tu jardín florido,
Negro lunar del rico colorido
Que otros, más venturosos, dejarán?
Perdona, pues, señora, si una espina
Dejo, al pasar, por único tributo
Yo del árbol que tengo doy el fruto,
Y sólo espinas los espinos dan.

26 de junio de 1855

AL PARTIR

(En el álbum de la Señorita Hortensia Díaz Granados)

Quede mi nombre en el preciado libro
Ante cuya alba página se inclina
Hortensia, la preciosa granadina,
Mientras me arrastra el viento por el mar.

Quede mi triste nombre, y un suspiro
Arranque para mí tierno y sincero,
Mientras humillado al pie del extranjero
Yo busque Patria, protección y hogar.

EN EL ÁLBUM

(de la Señora Ana Orrantia de Francisco)

Cuando esté ausente y en peligro acaso
De no volver jamás a verte aquí,
Mira estas líneas que escribí de paso,
Y manda al cielo una oración por mí.

Presto voy á partir... no sé qué suerte
Me persiga o proteja, no lo sé;
¡Ay! ofréceme al menos que en la muerte
Ante Dios con tu auxilio contaré.

¡Adiós! quizá jamás sobre la tierra
Tendré porqué escribirte otro renglón;
¡Ruega, ruega por mí! Tal vez se encierra
Mi porvenir entero en tu oración.

Dios acoge la súplica inocente
Con que el bueno defiende al pecador,
Y si ruegas por mí cuando esté ausente,
Me mirará con lástima el Señor.

Septiembre 19 de 1859

ESTOY EN LA CÁRCEL

En la cárcel estoy. ¡Dios de mis padres!
Desde este calabozo te bendigo.
Ellos me dañan, luego soy tu amigo.
¡Vuelve, oh Señor, tu vista a mi prisión...!
¡Ah! pero no estoy solo; cerca escucho
Ese grito maniático, irritado,
Que el crimen lanza; ¡al crimen asociado
Estoy, al *asesino* y al *ladrón*!

¡Bien...! sí, ¡muy bien! acaso Torres, Pombo,
También estos lugares habitaron,
Y sus oídos castos insultaron
Las risas del sarcasmo criminal...
Por ventura sufrieron cual yo sufro,
Y asaltaba su oído este anatema,
Esta voz del delito, voz blasfema,
Que cunde por el aire sepulcral...

Pero no; me equivoco: no podía
Llegar a tanto el orgulloso Ibero:
Morillo fue valiente, fue guerrero,
No tuvo la vileza del reptil;
Morillo arcabuceaba noblemente,
Ante el brillante sol del meridiano;
Morillo pudo y supo ser tirano,
Pero no pudo, ni alcanzó a ser vil.

¡Oh de las almas vasto lazareto,
Do la virtud se ofrece en sacrificio,
En las aras sacrílegas del vicio,
¡Abusando del nombre de la ley!
¿Qué hago yo *aquí*? *Yo aquí soy tan extraño*
Como el honor en el febril bufete
Donde López, estúpido juguete,
Teme en Obando á su amo y á su rey...

¡Y nos llaman iguales!... Este cancro
Que ara en mi mente con su ardor contino,
¿Siéntelo por ventura el asesino,
Monarca de la lóbrega prisión?
Él, que no tiene honor, se goza y ríe
De la palabra-que estremece mi alma;
Él goza; yo agonizo ; él oye en calma
Lo que hiela mi pobre corazón.

Su ser bastardo ante el tirano inclina
Se queja... ¡de hambre! y oye indiferente
Que le llamen infame y delincuente,
Siempre que un pan arrojen á sus pies.
Y á mí, entre tanto, me parece horrible
Pasar este alimento solitario: -
Sólo el tigre insociable y sanguinario
Gruñe, y devora la apresada res.

Otro se afecta por la muerte amiga,
Que yo prefiero á su blasfemo acento;
Éste me envidia acaso en mi tormento,
Que no comprende y me consume á mí... -
¡Oh! ¡mil veces la multa, mil la muerte,
La hambre que agobia y esa sed que irrita,
Y no un instante esa prisión maldita,
Que es el infierno la existencia aquí...!

¡Apartad esos niños inocentes!

¡Quitadlos sí, porque me son queridos,
Y no quiero que llegue á sus oídos
Algún bárbaro acento de impiedad!
¡Y vosotras, señoras, cuya planta
Ágil se mueve hacia la casa impura,
No profanéis, por Dios, vuestra hermosura:
Evitad este abismo de maldad!

El hospital, donde el guerrero herido
Yace y se agita en funerario lecho,
¡Oh! allí la mujer tiene derecho
De aliviar el humano padecer;
Porque ese asilo do agoniza el pobre,
Vuelto á Dios, su bienhechor, los ojos,
Es la puerta del cielo, que de hinojos
El ángel guarda y honra la mujer;

Mas la prisión, donde de Dios blasfema
El criminal infame empedernido,
Tan sólo ofende vuestro casto oído,
Sin atenuar en nada mi pesar.
¡Huid! ¡huid! Señoras compasivas,
Éste no es el lugar de la inocencia:
Partid, y recordad en vuestra ausencia,
Que yo *no debo* en este infierno estar...

¡Mi bien, mi amor, mi angelical Sofia,
Adorno de mi casa y de mi nombre!
La flecha, huyendo de mi pecho de hombre,
Va de rechazo, á herir tu corazón...
Y te hieren á ti... -¿Qué mal les hace
El triste llanto que tu rostro baña?
¿A quién le causa pena, á quién le daña
La arma de la mujer, que es la oración?

¡Oh, tú, Matilde, madre generosa,
Cuya virtud el mundo ha respetado,
Sal - parte - huye! el aire está infectado
mal te sienta el respirar aquí.
¡Presto huye! arranca esta infeliz esposa,
¡Ay! y arranca estos hijos de mi seno,
No sea que absorban el letal veneno
Que me circunda y me consume á mí.

¡Oh madre! ¡madre, cuyo nombre puro
Ha respetado hasta la envidia impía,

Deja que apure el cáliz de agonía
Y me haga digno de deberte el ser!
Yo sólo aspiro, madre, á ser tu hijo,
A amar la libertad que tú has amado,
A adorar la virtud que has adorado,
Y de hijo tuyo el nombre merecer.

Bendice, madre, sin cesar, bendice,
Dile á mi tierna y á mi casta amiga,
Que del Señor la voluntad bendiga,
Ya que quiso probarme en su crisol,
El crisol del tormento, donde puso
La majestad inmensa, soberana,
Del que fundó la libertad humana –
¡Hermano nuestro y regidor del Sol!

Y único Sol de la esperanza nuestra,
Como Dios grande, más que el hombre humilde,
Que adoras tú de hinojos, oh Matilde,
Humillando tu frente ante su cruz...
Cuando tu forma ante esa cruz se inclina,
Cuando tu labio por los hombres ruega,
Tu súplica piadosa al trono llega
Donde se sienta el Padre de la luz:

El ángel que te guarda se sonrío,
Recoge tus palabras, tiende el vuelo,
Llega, y postrado en el sublime cielo,
Las pone al pie del trono del Señor. –
Pídele, pues, que á nuestra Patria salve,
Con esa voz de caridad ardiente;
Que Dios escucha la oración ferviente
Con que defiende el justo al pecador.

....

Anochece: el adusto carcelero
A otra región solícito me lleva
Se abre á mis ojos una reja nueva;
Por fuerza extraña conducido voy
Luego, sobre sus goznes rechinando,
Pesa, revuelve la mohosa puerta,
Y adentro queda mi palabra muerta,
Y en otra tierra, en otro clima estoy.

Los insectos inmundos se apoderan

De mí, y en torno la muralla brota,
Con monótono ruido, gota á gota,
La agua letal de que impregnada está...
Mis *humanos* guardianes me han privado
Hasta del triste y necesario abrigo;
Mas tengo lumbre, y el papel amigo,
Que a recibir mi pensamiento va;

Y tengo lo que pocos hombres tienen,
Sí tengo á aquél que, en mi temprana infancia,
Me arrancó del poder de la ignorancia,
Ayudando á formar mi corazón;
Al que fue mi maestro, y es mi amigo –
Amigo cual ninguno - tengo a Luna,
Estoico vencedor de la fortuna,
Que logró, por favor, esta prisión...

¿Quiénes son estos hombres, que así miran
Melancólicamente al que ha venido?
Cada cual, de mis males condolido,
Me lanza una mirada de amistad;
Sírvenme atento, respetuoso; y guarda,
Cuando escribo, silencio; y aun me obliga
A que reciba de su mano amiga
Una prueba de afecto ó de piedad.

¿Sus delitos? - ¡Señor, mejor lo sabes!
Fué la inocencia su único pecado
Quizá, ó algún infame magistrado
Sació en ellos, sin causa, su rencor.
¡Tal es nuestra *igualdad*! ¡Por fuera canta,
En arresto mentido el delincuente,
Y adentro sufre y calla el inocente!...
¿Por daño estoy aquí? -- lo tengo á honor.

Búrlese allá el ladrón privilegiado,
Y sirva impune á depravado intento,
Siendo acaso mortífero instrumento
De venganza, en tus calles, Popayán.
No hay que temer aquí del rematado,
Sino del juez algún *mandato expreso*;
Ni escandaliza el desgraciado preso,
Ni arredra la prisión, sino el guardián.

¡Oh Patria! ¡Patria! ¡por doquiera miro
Enseñoreado el crimen de tu suelo!

¿Son éstos ¡ay! los frutos del desvelo
Del genio, de la ciencia y la virtud?
¿Nuestros Padres apenas consiguieron,
Después de tanto esfuerzo sobrehumano,
Variar el nombre del feroz tirano,
Dejándonos en peor esclavitud?

¡Dios y Señor del mundo, cuya diestra
Vertió sobre mi Patria la abundancia!
¡En alas del delito y la ignorancia,
Llega el hambre á tu tierra de Canán!
Y los hijos del crimen, derramados
Sobre tu paraíso, en el estrago
Se gozan; y tu pueblo errante y vago
Tiembra ante el hijo réprobo de Can.

Donde antes hubo flores, hay abrojos
Esos del Cauca destronados reyes,
Como olvidados de tus santas leyes,
Destruyen ¡ay! su propia libertad;
Y dejan, por Obando, el corvo arado,
Para que espinas nuestra tierra brote;
¡Y no lo ven, y Obando es el azote
Con que castigas, Dios, su iniquidad!

¿Qué es Cali? - El patrimonio de asesinos,
Que profanan con lúbricos abrazos
Nuestras madres, ó arrancan á fuetazos
La hija á su padre, al hombre su mujer.
¿Qué es Palmíra? - La herencia de villanos, _
Que en sus delitos el tirano ampara,
Y pasean en báquica algazara,
El estupro y el robo por doquier.

¿Y qué eres tú, comarca pintoresca,
Que diste al gran Cabal su noble vida?
¿Y qué eres tú por fin, Patria querida,
Cuna de Torres, noble Popayán?
Reunión de esclavos viles y cobardes,
Que temblamos de un monstruo corrompido,
Y del flexible látigo al chasquido
Doblamos la rodilla ante el Sultán.

¡Y el Gran Señor, que nuestras hijas vende,
O a sus siervos en premio las regala,
Su tibio aliento sobre el trono exhala

Meciéndose *en* estúpida embriaguez!
¡Los esbirros de López el Tirano,
Que él premia, que él excita, que él consiente,
Besan á nuestras hijas libremente,
Y nosotros temblamos á sus pies!

¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡que no es delirio
Azotando al anciano octogenario,
Después de arder el chozo, necesario
A su achacosa y trémula vejez!
¡Vedlos! ¡Miradlos bien! ¡A Hernández hieren,
Sorprenden á la virgen casta y pura,
Y entre risas contemplan su hermosura,
Azotando su horrible desnudez!

¡Vedlos! ¡Entre las sombras de la noche
La villa asaltan, rompen las prisiones,
Y libran á sus bravos campeones
Que un juez osado se atrevió á prender!
Y el aire atruenan con sus armas roncadas,
«¡Viva el Gobierno!» sin cesar gritando...
¡Y aquéllos son de los que estáis temblando,
Que vencen entre ciento á una mujer!

Aquéllos son el Pueblo *Granadino*,
Que respeta, que implora el magistrado,
Los que tienen las armas del Estado,
Señores del gobierno y la Nación
¡Ésos son nuestros amos! los potentes
Dominadores de la vasta tierra,
Cuyo fuete flexible nos aterra -
¡Los Anicetos del novel Nerón!...

¡Oh! ¡que pudiera yo tender el brazo,
Saliendo de esta cárcel triste y fría,
Sobre el tirano de la Patria mía,
Y pecho á pecho batallar con él!
Entonces viera el socialista infame
Si son nuestras esposas baratijas,
O impúdicas rameras nuestras hijas,
O nuestra patria su infernal burdel;

Entonces viera el socialista, viera
Si á su mano, al garrote acostumbrada,
Le luce tanto el puño de una espada,
Como le luce una orden de prisión;

Y el *grande vencedor de las mujeres*,
Pie con pie, frente á frente, mano á mano,
Quizá hallara el papel de Coriolano
Menos cómodo asaz que el de Nerón;

De ese Nerón hipócrita y bastardo,
Que su mirada de lascivia pudo
En el cadáver pálido y desnudo
De su difunta madre deleitar,
Cual deleita sus ojos, inyectados
De sangre y de venganza, aquel malvado
Que de la Patria el cuerpo desgarrado
A sus plantas se goza en contemplar.

....

Duerme el león en la escarpada Pasto
Tranquilamente, de su selva dueño:
¡Ay del que turbe su imponente sueño,
Que de sus garras víctima será!
Y cabe el Cauca noble y caudaloso,
Del león el cachorro juguetea,
Prueba sus fuerzas, y el rugir desea
Con que el padre á la lid le llamará...

¡Sur! ¡cuna de valientes! ¡has oído
El látigo zumbar, y no despiertas!
¡Leones! ¡tenéis á vuestras hembras muertas
Y aun halláis en dormir seguridad!
¡Qué! ¿No basta esto? --¡Y en la jaula indigna
Columpiaréis los miembros mansamente!
Y de la noble y orgullosa frente
Rendiréis, sin lidiar, la majestad!...

Al yugo paternal nos sustrajimos,
Y á ser hombres y libres aspiramos,
Y por no ser esclavos, quebrantamos
A sangre y fuego la cadena vil.
¡Y hoy una nueva aristocracia impera
Se jacta el crimen de su cetro regia.
Y tiene sólo el crimen privilegio
De imponernos su ley con el fusil!

Arrojamos un rey de nuestras playas,
A cuyas plantas se postraba el mundo;
El genio de Bolívar sin segundo,
Indigno de mandar nos pareció.
Y López hoy, Dulcey, Guáinas, Obando,

Hacen causa común con los esclavos,
E impunes vejan á los mismos bravos
Que el genio de Bolívar respetó.

Pero no reinarán, que el mal se gasta-
Y cesará su bárbaro recreo: -
Tendrá Israel al fin su Macabeo;
Tendrán los Holofernes su Judit.
¡No hay más Señor que Dios! - ¡Él nos asista!
¡No hay más Señor que Dios! - ¡con Él vivamos!
¡No hay más Señor que Dios! - ¡en Él confiamos!
Dios - por Dios - de Dios - será la lid.

¡López! Yo os acusé *de tiranía*
Para probar al mundo lo contrario,
Buscáis un juez infame y mercenario,
Que una prisión á mi inocencia dé;
Así Nerón, para probar al mundo
Que no es de Roma el destructor aleve,
En los cristianos, cuya sangre bebe,
Los incendiarios de su patria ve.

¡Oh! tenedme encerrado, y ciego y mudo.
No permitáis que ande, mire, ni hable;
En este estado triste y miserable,
Prueba elocuente de mi dicho soy;
Es sentencia que mis brazos ata,
Es sentencia que de hablar me priva,
No impide, no, que el pensamiento viva
Y salve el muro do encerrado estoy.

Aquellas rejas que á la luz se oponen,
Del humano poder vanos ensayos,
Podrán del Sol interceptar los rayos,
Pero eclipsar mi pensamiento - no.
Aquí tenéis mi cuerpo flaco, enfermo,
Y sometido á vuestro férreo yugo
¡Herid! ¡Herid! ¡gozad! ¡gozad! verdugo;
Eso que estáis hiriendo no soy yo.

Yo no estoy *todo* aquí: yo tengo un alma,
Que no se agobia ante el poder humano,
Y que se burla del esfuerzo vano
Con que queréis matar su libertad
Un alma libre, invulnerable, osada,
Que anda de clima en clima libremente,

Que sólo de su Dios omnipotente
Invoca la justicia y la piedad;

Ella tiene sus alas, ella salva
Guardián, y reja, y calabozo, y muro,
Y el pensamiento, sin temer, seguro,
A otra región sobre esas alas va.
¿Qué me importan los grillos, las cadenas,
Los tormentos del bárbaro impotente?
Nada de eso deshonra al inocente;
Infamia eterna á sus tiranos da.

¡Persecución! ¡Persecución bendita!
A Sócrates le diste tu cicuta,
Y abriste á los Apóstoles la ruta
Por do se llega al trono del Señor.
¡Persecución! ¡Persecución! ¡no vayas
A olvidar á tu víctima escogida!
¡Sigue amargando mi angustiada vida,
Mientras haya en mi Patria un opresor!

Haz que se cumpla, *para el bien de todos*,
En mí sólo la triste profecía;
¡Que me degüellen, y la sangre mía
Ahogue al tirano y su poder fatal!
Ya me han predicho que á la cárcel vengo
Para morir; abierto está el camino
No esquivaré mi pecho al asesino
Que festeje en mi sangre su puñal.

No quise huir, que la sentencia infame
Siempre es sentencia, y mi deber me ordena
Someterme al tormento, á la cadena
Cuando haya un Juez que lo disponga así.
Ante tu bien, ¡oh, Patria de mis hijos!
Yo doblo humilde la marchita frente;
No tanto de mancha estoy: soy inocente;
Me siento digno de sufrir por ti.

No tanto como aquel que vio en el padre
Su sacrificador, cuando inocente
Puso en su Dios los ojos reverente,
Y esperó humilde el golpe de Abrahán;
No tanto como el tierno corderillo
Blanco, que al año, en Israel moría
Esos eran de Dios: no, Patria mía,

No tan puras tus víctimas serán.

Dios, sólo Dios merece que en sus aras
Muera, á manos del recio carnicero,
Ese manso profético cordero
Que lame el hierro que le va á matar.
¡Patria! Tú no eres Dios, y no mereces
Lo que se debe á Dios: eres su hechura;
Tú mereces amor de la criatura,
Pero sólo el Creador merece altar.

¡Patria! Por ti sacrificarse deben
Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,
Todo, aun los hijos, la mujer, la madre,
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.
Todo, porque eres más que todo, menos
Del Señor Dios la herencia justa y rica
Hasta su honor el hombre sacrifica
Por la Patria - y la Patria por la Fe.

¡Guardemos nuestra Fe! Grande es el mundo,
Y si nos falta tierra en que vivamos,
No ha de faltarnos tierra en que muramos-
Unas pocas pulgadas bastarán.
Y- ¡adiós, tiranos! - ¿Quién podrá arrancarnos
Ya nuestra libertad y nuestra vida?
¿Quién echar de su Tierra prometida,
Al que guardó tu ley, Dios de Abrahán?

....

Y tú, juez tremebundo, ¡escucha! ¡escucha!
Ama el tigre á su hembra; el gallo ufano
Da á su gallina el encontrado grano;
Cuida á su yegua el infeliz rocín:
Son más nobles que tú. Tú al ver la reina
De la creación, la muerte ya respiras,
Y á los ministros, mandas, de tus iras:
«¡Lanza sin distinción, fuego sin fin!»

Sí, recuérdalo bien, y no nos niegues
Lo que oímos, y vieron nuestros ojos...
¡Oh, tú, baldón aun de los mismos rojos,
¿Tú también sin castigo quedarás
El que afrenta al valiente que ha vencido
En mil batallas, y matar le ordena
A una ¡mujer! ¿no tiene una cadena?
¿Sin jaula y libre y sin castigo estás?

Si te obedece el noble veterano,
Y hubieses conseguido tu victoria,
Grande fuera tu honor, mayor *tu* gloria,
De asesinar al tímido escuadrón.
Uno, dos, ó trescientos cuerpos menos
¿Qué le importan á tu amo ni á tu estrella?
Anciana y joven, y virtuosa y bella,
¡Siempre *solemnizaban tu función!*

La mirada inocente, la mejilla
De nieve y rosas que el valor respeta,
Embotan sable y lanza y bayoneta,
Apagan el mortífero fusil;
La muerte misma se rebela y teme
Ante aquella legión célica y pura:
Sólo en ti cabe, ¡oh Juez! esa alma dura,
Que te hace tan *valientemente vil.*

¡Oh, impasible! ¡oh, imparcial! ¡oh, denodado
¡En cuyas manos baila la justicia,
Siempre hostil al honor, siempre propicia
Al crimen, ó al que crimen *puede* ser!
¡Eres un Escipión, un Fabio, un Bruto!
Eres capaz, con treinta batallones,
Y cien mil bayonetas y cañones
De arcabucear, temblando... ¡á una *mujer!*

¡Oh, juez! ¡oh, Juez ! electo con tu voto,
Para manchar de la justicia el ara,
Aquí escribo tu nombre en letra clara,
Y si mis versos viven, vivirás.
Doctor Miguel Valencia - ése es tu nombre.
Deja, Miguel valencia, que te llame,
Y el futuro maldiga al juez infame
Que quiso ser verdugo - y nada más.

Popayán, 7 de marzo de 1851